

Capítulo: La estación

Antes de comenzar a contarles sobre esos paseos, debo confesarles que siempre quise tener un perro grande, ese amigo fiel y peludo que me acompañaría en algunos momentos de la vida, pero eso no fue posible por innumerables motivos más ligados a la falta de decisión y compromiso que a los factores externos, todos sabemos que al adquirir un compañero con vida como una mascota no se la puede desdeñar cuando su presencia es inapropiada, como en un viaje y además debemos modificar todos nuestros itinerarios conforme a él, así que solo me quedé con el deseo, pero la vida, siempre tan atenta a mis soledades, me dio algo más, ahora soy un inexperto y nada feliz poseedor de una enfermedad terminal, la cual he adquirido sin voluntad de tenerla y me acompañará con su mayor fidelidad hasta el final de mi vida, imitando aquel animal de compañía que carezco.

Por este motivo luego de lamentarme, de sentirme miserable por varias semanas, decidí comenzar a vagar sin otro afán que el de vivir lentamente cada día, sentir en cada instante, agradecer al dolor por darme la pauta de que aun late un corazón en mi cuerpo, es decir de gozar mi existencia y la de los demás seres que me rodean, en otras palabras hacer lo que me plazca sin metas perentorias, aunque sabemos que terminaremos enredados en algún acontecimiento aun si cuidamos de evitarlo, está en nuestra naturaleza ser complicados y desdeñar precisamente, la vida apacible y colmada de la bienaventuranza permanecer a una distancia razonable de cualquier conflicto. Y fue así fue como aquella vez llegué por la vía, como todos, como otras veces, a la Northern Cattle & Co., o sea a la “Estancia vieja” nombre menos señorial dado por los pobladores de la zona.

Pasaron los años y la pequeña locomotora a leña fue reemplazada por una a diesel y así fue evolucionando la industria del transporte, pero ellos no cambiaron las vías por una carretera, ese siguió siendo el único sendero metálico para llegar a todos esos destinos privados. Con esta trocha angosta controlan quienes llegaban y los que abandonaban el lugar, pues ellos te transportan de regreso a la estación privada que estaba ubicada a la salida del pueblo y

conformaba la punta de rieles del establecimiento y que según cuentan se mantiene casi igual a sus inicios hace más de cien años, cuando comenzaron a edificar los primeros pobladores alrededor de la otra estación ferroviaria, la de la vía férrea nacional, ha cuya playa se acercaban los troncos como último destino local y eran cargados a los grandes vagones para conducirlos hacia las fábricas de tanino.

El edificio de la estación privada con sus ventanales altos con rejas de hierros forjados, todo en su interior es de madera lustrada como antaño, como los pisos, el mostrador con huellas de tiempo de incansable uso, el despacho del gerente en el piso superior al que se arribaba por una escalera amplia y curva, también de madera con pasamanos tallados.

Arribar allí es como ir de paseo a un museo ferroviario, pues hasta el gran reloj y la campana son los mismos, el aroma que dan los años es característico a todos esos espacios, no de encierro porque está bien aireada y limpia, sino aroma a paciencia, de añoranzas, una fragancia que en cada uno de nosotros despierta un recuerdo distinto, pero rozándonos con las estampas de antaño, las historias de los viajeros, la algarabía de otras estaciones iguales de concurridas.

Con viento calmo en ese desértico edificio cómplice de mis elucubraciones y que cuando sabía que ningún otro ser escucharía, me dejaba dar oídos al murmullo cristalino de los viajeros de antaño, las voces de los niños que iban hacia el establecimiento cuando este también era un emporio agrícola. Aquellos sonidos quedaron atrapados en los vericuetos de sus muchos y variados recodos de maderas, rebotando eternamente entre sus muebles viejos.

Siempre sentí que esa estación y yo éramos similares, con una historia que relatar y sin tiempo para contarla. Cuando pude, me he quedado por varias horas sumergido en la penumbra del salón de esperas, aun conserva los viejos carteles, algunos cuadros descoloridos y esos bancos de patas de hierro tan típicos, pero al llegar a los rieles todo se disuelve, el tul del tiempo vuelve a ser

telarañas, la magia queda atrapada atrás, más atrás del dintel de esa última puerta lejos del sendero de rieles y durmientes.

Luego de algunos años los trenes nacionales fueron retirados, las vías vendidas y hasta los durmientes se convirtieron de a uno en leña por los pobladores más pobres, que en los días muy fríos sirvieron para hervir sopas y locros guachos.

Con el pasar del tiempo todo se borró y así quedó este ferrocarril privado como una utopía, tal vez como una mueca absurda e incomprensible o como un lunar artificial en esos espacios actuales surcados de carreteras asfaltadas y automóviles veloces.

Ese lugar antiguo es un ícono del manejo de reses para engorde. Este espacio ahora tenía su propia estación de trenes, en este caso de un solo ramal sin cambios de vías, solo un punto de llegada y de salida.

En esa región los vagones transportando rollos de quebracho fueron cotidianos en la época donde el pionero de la familia fundara ese complejo hacia 1890. No había carreteras para vehículos con motores a explosión, pues aún no existían y años después cuando los hubo, nadie contaba con este tipo de transporte, el ferrocarril a vapor y las máquinas simples arrastradas por animales de tiro eran lo cotidiano, y así fue que una empresa especialista en vías férreas, trajo una cuadrilla numerosa de obreros y cargaron los terraplenes socavando los terrenos aledaños. Una vez charlando con un correntino de San Luis del Palmar, que había trabajado en ese tipo de labores en el territorio del Chaco hacia la década del 30, me contó que los peones se mataban en mayores números por las pocas mujeres que visitaban esos campamentos de cientos de hombres, mientras se realizaba el cargado de los terraplenes, que por las noches muchos de esos cadáveres desaparecían bajo las vías.